



ABIGAIL OWEN

SAGA DOMINIOS. LIBRO 1

UNA
CORONA
DE
MENTIRAS



TRADUCCIÓN DE MIGUEL TRUJILLO FERNÁNDEZ

Primera edición: octubre de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez

Coordinación editorial: Iria Torres

Dirección de arte: Lara Peces

Imágenes de cubierta: matrioshka/Shutterstock

Mapa: Kellerica Maps

Título original: *The Liar's Crown. Dominion series, book I*

Traducción del inglés: Miguel Trujillo Fernández

Publicado mediante acuerdo con Entangled Publishing LLC,
a través de RightsMix LLC. Todos los derechos reservados.

© del texto: Abigail Owen, 2022

© de la traducción: Miguel Trujillo Fernández, 2023

© Ediciones SM, 2023

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

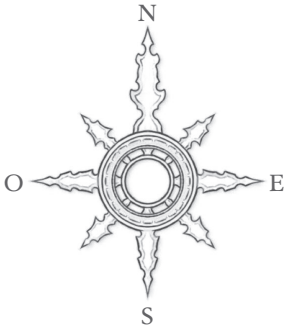
ISBN: 978-84-1962-120-7

Depósito legal: M-27852-2023

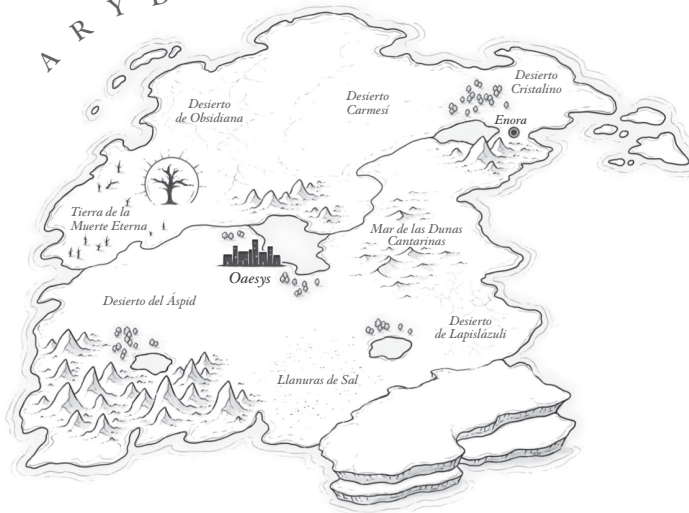
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

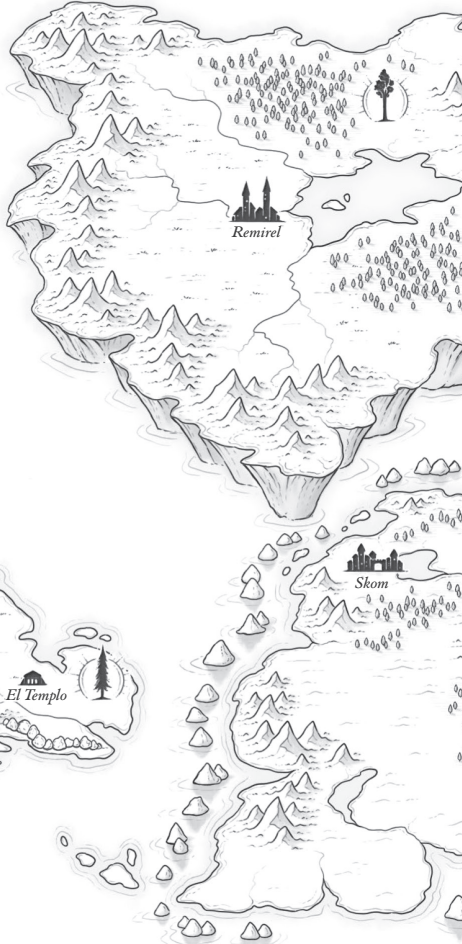
*Para Heather,
por vivir en este mundo conmigo
—desde hace ya años—
y por seguir amándolo tanto como yo.*



ARYD



SAVANAH



NOVA



Resistir es humano, tentar es divino.



PRÓLOGO

HABÍA UNA VEZ UNA MALDICIÓN



Dieciocho años atrás...

El primer llanto de un bebé recién nacido atravesó el denso aire nocturno, y todas las mujeres de la estancia soltaron un suspiro de alivio. Todas salvo Hesperia.

Ella, en cambio, escudriñaba las sombras.

¿Estaba el rey observando? ¿Acechaba en algún lugar para asegurarse de que cumplía la tarea que le había encomendado?

En calidad de ninfa de arena, Hesperia se encargaba de bendecir a los recién nacidos en el dominio de Aryd. Llevaba siglos acudiendo al palacio. En nombre de la diosa del reino, había santificado el nacimiento de cada bebé de la familia real. Probablemente, las mujeres de la habitación la consideraban una acólita venerable, con la piel pintada de los colores del desierto, la tierra de la que provenía su especie.

Lo que no sabían es que también era una espía.

O que la razón por la que estaba allí aquella noche no tenía nada que ver con las bendiciones.

Después de cortar el cordón umbilical, la matrona limpió a la criatura y la envolvió en una manta mullida. Pero no en-

tregó el bebé a su madre, la esposa del príncipe heredero, que todavía estaba sentada con las piernas abiertas sobre el taburete del parto, débil y cubierta de sudor. En su lugar, le pasó al recién nacido a la reina de Aryd. Técnicamente, la soberana de Hesperia.

Solo que Hesperia no servía a esa reina. Lo servía *a él*.

Eidolon, el rey de Tyndra; un hombre frío y brutal que se escondía bajo la fachada de un mentiroso encantador.

—¿Qué es? —preguntó la madre con labios pálidos, mientras una sirvienta le limpiaba la frente con un paño mojado en agua fría.

La reina ni siquiera la miró. Observaba en su lugar su preciado legado, tan pequeño, apenas un bulto.

—Una niña —respondió con una voz mucho más brusca de lo que sería apropiado para ese momento—. La princesa Tabra Eutheria I de Aryd.

—¿Una niña? —sollozó la madre—. Pero mi marido deseaba un niño.

Los ojos azules de la reina se volvieron aún más afilados.

—¿Mi hijo muerto deseaba un niño? —Hizo una mueca de burla—. Lo que mantiene este dominio con vida son las reinas.

A juzgar por el estado del dominio de arena bajo su reinado, Hesperia no estaba tan segura de eso. Aryd se había convertido en un lugar cada vez más pobre y desesperado. Sin embargo, había sido tan estúpida como para jurar su lealtad al soberano equivocado mucho tiempo atrás, así que nada de aquello importaba.

Tras un gesto de asentimiento de la reina, Hesperia dio un paso.

Se inclinó sobre la niña. Una Imperium, al igual que todas las reinas antes que ella. En este caso, podía sentir que se trataba de una Enfernae, con una habilidad de almas poco común transmitida solo por esa línea de sangre.

Era ella a la que quería el rey.

A la que le había ordenado maldecir.

Hesperia comenzó a susurrar por encima de la niña, pero apenas había pronunciado unas pocas palabras cuando el atisbo de una extraña visión la detuvo. El destello de un futuro de terror apareció en su mente, una escalofriante advertencia del mundo que ayudaría a crear si seguía adelante.

Se apartó con brusquedad. ¿Ese era el futuro que el rey había planeado? Eidolon se había vuelto más desesperado en los últimos años y, por motivos que no le había revelado, quería a esa Enfernae en particular atada a él desde el momento en que se manifestaran sus poderes.

La madre gimió a sus espaldas, contorsionándose sobre su vientre todavía hinchado, y las ayudantes soltaron una serie de gritos ahogados.

Otro bebé.

A diferencia de ellas, Hesperia no se sorprendió. Esa familia real tenía reinas gemelas cada dos generaciones. Era el secreto mejor guardado de Aryd. Pero su cabeza daba vueltas por una razón diferente: por la visión que acababa de tener... y por una nueva posibilidad.

«¿Me atreveré a desafiarlo?».

La reina le acercó más a la primogénita.

—Termina con el rito.

Hesperia tomó su decisión y, en lugar de la maldición, susurró una sencilla bendición y marcó la frente de la niña con su dedo anular.

Cuando terminó, retrocedió con lentitud, tratando de esconder un temblor que amenazaba con apoderarse de su cuerpo. Estaba tomando conciencia de lo que había hecho... y de lo que estaba a punto de hacer. ¿Lo habría visto él? En los últimos tiempos parecía más débil. Tal vez no la estaba observando desde las sombras. En cualquier caso, sabía que había sellado su propio destino. En los gritos violentos que desgarraban la garganta de la madre, uno detrás de otro, escuchó la sinfonía de su propia condena.

—El bebé viene del revés —dijo la matrona a la reina—. Debo colocarlo bien, o perderemos tanto a la madre como a la criatura.

La reina no mostró ninguna emoción; jamás lo hacía.

—Salva al bebé —ordenó en voz baja.

Los gritos siguieron y siguieron hasta que, de pronto, se hizo el silencio. Entonces, un nuevo llanto llenó la habitación. El lamento de aquella criatura era más potente, como si ya estuviera furiosa con el mundo.

Hesperia no esperó a que la reina le hiciera la señal. Se acercó a la bebé, todavía húmeda a causa del parto. Al igual que todas las parejas de gemelas reales antes que aquella, una niña era *Enfernae*, y la otra, *Hylorae*, nada especial. Lo cual era perfecto para lo que Hesperia tenía en mente. Susurró unas palabras por encima de la recién nacida, impregnando cada sílaba de poder.

—Eso no es necesario —dijo la reina, ignorando lo que estaba ocurriendo de verdad.

Hesperia tocó la manita de la princesa con un dedo, completando el ritual a través del tacto, y la intensa quemazón de la magia pasó de la ninfa a la bebé. La maldición había sido lanzada.

¿El rey Eidolon lo habría visto venir? «Seguro que no, maldito inmortal».

En cualquier caso, ya estaba hecho. No descubriría el engaño hasta que buscara a la futura reina de Aryd... y no sintiera nada.

Toda la verdad le sería revelada cuando mirara a los ojos a la otra hermana.

Sin dedicarle siquiera un vistazo al rostro de la segunda niña, la reina volvió su atención hacia un rincón de la estancia. Una mujer dio un paso hacia la luz. Envuelta en gruesas capas a pesar del sofocante calor del desierto, y con la capucha bien calada sobre la cara, la mujer tomó a la bebé de brazos de la matrona, quien lanzó una mirada estupefacta e interrogante a la reina.

La reina se dirigió a la habitación con palabras que rezumaban la amenaza —no, más bien la promesa— de venganza hacia cualquiera que osara desafiar su voluntad:

—La segunda niña ha nacido muerta —sentenció—. Muerta. ¿Lo habéis entendido?

Hesperia dudaba que fuera a vivir lo suficiente como para decir una palabra de aquello a nadie, aunque tampoco es que lo hubiera hecho en varias generaciones. Al igual que no hablaría nadie en aquella habitación. Solo un estúpido habría ignorado esa orden si quería vivir.

Pero la maldición... Llegaría el día en que ya no sería un secreto.



PARTE 1

EL PEÓN



1

UNA CHOZA Y UNA ARPÍA



El presente...

Calculo el paso del tiempo mediante una única estrella que se arrastra por el cielo, al otro lado de mi pequeña ventana sin cristales. La observo mientras espero.

Estoy siempre a la espera. A la espera de escabullirme fuera. A la espera de que me llamen para cumplir con mi deber. A la espera de que Omma, que me ha criado desde que nací, me diga qué hacer. A la espera de convertirme en cualquier cosa, excepto en quien yo soy.

Mereneith Evangeline XII de Aryd.

La princesa más joven de una larga estirpe de gemelas reales; una para gobernar, y la otra solo para servir como doble de cuerpo de la soberana, para protegerla en circunstancias peligrosas. Y, por supuesto, en el más absoluto secreto.

Lo que significa que, durante todo el tiempo que me paso a la espera, básicamente no hago otra cosa que esperar para morir.

Me llevo las rodillas al pecho mientras observo el cielo nocturno. Ya no falta mucho. He estado escabulléndome desde que era pequeña. ¿Estúpida e imprudente? Puede ser, pero el desierto es el único lugar donde puedo ser Meren. Donde vive Cain.

Cain es un Caminante, parte del pueblo nómada que viaja por los desiertos y que pasa por la ciudad de forma periódica para comerciar con su mercancía. Entre sus viajes y la atenta mirada de Omma, que me mantiene aquí clavada, ha pasado una eternidad desde la última vez que escapé de esta casa.

Mi sangre resuena ante la idea de volver a verlo, no solo porque sea mi único amigo de verdad, sino porque Cain me enseña cosas que Omma jamás consentiría. Cosas que podrían darme la oportunidad de sobrevivir si el rey de Tyndra viene alguna vez a por nosotras.

Eidolon: el condenado motivo por el que estoy atrapada.

Las historias que Omma y la abuela nos han contado son terroríficas. El rey inmortal ha secuestrado y asesinado a reinas de Aryd durante siglos. Tan solo ha dispensado a un puñado de generaciones; por eso nuestra abuela todavía conserva su trono, y Omma, su vida.

Él siempre viene a por nosotras, lo que pasa es que no sabemos cuándo ni por qué. Y esa imprevisibilidad es lo que más me asusta.

Me siento con la espalda erguida. No. Me niego a pensar en el cruel destino que la Madre Diosa y sus seis hijas han tejido para mí. Esta noche no. Esta noche es mía.

O lo será, si es que puedo salir de esta maldita casa sin que me atrapen.

En el instante en que mi estrella desaparece de la vista, me pongo en pie y me ajusto el disfraz. Una camisa negra y ceñida, bombachos y unas botas gastadas de piel de ternera; todo raído, como corresponde a una pobre huérfana de ciudad y no a una princesa en clandestinidad.

Algunos días me pregunto cuál de los dos es el disfraz.

Después de haber comprobado que llevo encima el cuchillo, que siempre oculto entre la ropa, me coloco el pañuelo de tal modo que solo se vean mis ojos. Me lo pongo cada vez que salgo de la casa y voy a la ciudad, no quiera la Diosa que alguien me confunda con la princesa Tabra, la legítima heredera al trono.

Soy la gemela idéntica de Tabra: tengo el mismo pelo largo y negro, la misma piel dorada que se llena de pecas al sol, los mismos ojos de insólito color ámbar y la misma barbilla obstinada. Una copia exacta, hasta el último lunar o cicatriz.

Será mejor no contar cómo me hice esas cicatrices.

Observo la ventana. Hay un buen motivo por el que nunca antes he escapado de esta forma, pero la Arpía me ha pillado todas las otras veces y me gustaría ahorrar mis monedas si puedo. Mientras paso la pierna por encima, el estómago me da un vuelco y me agarro al alféizar con fuerza. Las alturas y yo no nos llevamos nada bien.

Suelto un bufido de irritación. La princesa Mereneith, Imperium e intrépida doble de la futura reina de Aryd, tiene miedo de caer hacia la muerte desde apenas una planta de altura.

Si Cain me viera ahora mismo, me daría la tabarra hasta el fin de los tiempos.

Evitando mirar abajo, me deslizo por el entramado de tejas hacia la esquina, hasta la tubería de desagüe que hay pegada a la pared. Unos puntos negros nublan mi visión. ¿Es que el aire está más enrarecido aquí arriba? O tal vez se me ha olvidado respirar. Uf.

Me agarro a la tubería y, sin darme tiempo para pensar en ello, desciendo hasta el callejón que hay abajo. Tomo una bocanada temblorosa cuando mis pies tocan por fin el suelo.

No pienso volver a hacer esto.

Al menos he tenido suerte: el callejón está vacío. No hay rastro del perro guardián de Omma.

Arrugo la nariz, asqueada. Aquí fuera siempre huele a pis. La vieja choza en la que vivimos Omma y yo se encuentra incrustada entre dos tabernas más altas, como un niño pequeño aplastado entre dos hombres corpulentos en un banco del templo; el tipo de establecimientos pensados para los viajeros más vulgares, los borrachos y las putas. Así es como Omma las llama, aunque las mujeres que trabajan allí siempre han sido amables conmigo. A excepción de la selkie, pero ella es antipática con todo el mundo.

Ignoro mis manos temblorosas y saco la mochila del montón de basura donde la había guardado antes. «Nunca vayas al desierto sin prepararte», me dice siempre Cain. Él lo sabe bien.

Las ratas del desierto se escabullen fuera de mi camino, mostrando sus dientecillos afilados como cuchillas. Las alimañas han abierto un agujero en la lona. Típico.

Con la mochila al hombro, avanzo con rapidez hasta el final del callejón. La siguiente calle está tranquila. Perfecto. Es más seguro si cruzo las murallas antes de que la ciudad se llene de gente que sale a disfrutar del frescor de la noche.

Pero, cuando voy a dar un paso, una mano nudosa me aferra del brazo y tira de mí con una fuerza sorprendente. Una retahíla de maldiciones se me pasa por la cabeza, pero, por una vez, consigo no expresarlas en voz alta.

La Arpía —nunca he oído a nadie llamarla de otra forma— mira más o menos en mi dirección. Desde hace años, mi tía abuela paga a esta pordiosera vieja y medio ciega para que vigile la casa —y a mí— cuando ella no está. Pero Omma es tacaña, aunque se trate de proteger a la cuasi princesa, y la Arpía no es más que una Vex.

Sin embargo, su ausencia de poderes no la hace menos intimidante.

—No deberías salir fuera esta noche —me dice con una voz que solo una madre encontraría amable, con sus dedos retorcidos crispados contra mi brazo.

Pero nadie me va a convencer. Cambio el peso de un pie a otro, impaciente por salir de aquí.

—Escucha...

Levanta una mano para interrumpirme y suelta un resoplido.

—Tú... ten cuidado esta noche, muchacha.

Frunzo el ceño. Nunca se había molestado en hacerme advertencias, ni mucho menos me había dejado marchar.

—¿Por qué?

—Puede que esté medio ciega, pero mis oídos funcionan bien. Se habla de más gente desaparecida. Secuestrados en mitad de la noche. —Hace una pausa y baja su voz a un susurro—. Creo que el Espectro Sombrío vuelve a caminar entre nosotros.

El Espectro Sombrío...

Un escalofrío recorre mi espalda. En la ciudad de Enora, todo el mundo ha oído hablar de alguien que conoce a alguien que ha desaparecido. Los llaman los «Desvanecidos». ¿Es esta la razón?

Le doy vueltas a las palabras que ha dicho.

—Espera. ¿Cómo que «vuelve»?

Ella asiente con la cabeza.

—No es la primera vez que vienen las sombras.

¿Cómo que no? ¿Por qué Omma nunca lo ha mencionado?

—Pero esta vez es diferente —añade.

Suelto aire a través de la nariz. Tengo demasiadas preguntas, pero la Arpía ya me ha contado más de lo que esperaba.

—Gracias por la advertencia. Tendré cuidado —le digo. Y, entonces, ya sea para tranquilizarla a ella o a mí misma, le lanzo una sonrisa arrogante y añado—: Las sombras y yo tenemos cierta... afinidad mutua.

Y es cierto. Las sombras son la única forma que tengo de escapar. Ellas me esconden y, a cambio, yo les cuento todos mis deseos.

En su mayoría, deseos de una vida diferente.

Tal vez no pensaría del mismo modo si me encontrara cara a cara con el Espectro Sombrío. Solo soy una chica de dieciocho solsticios de verano, una Imperium cuyos decepcionantes poderes para controlar la arena no le dejarían ni un rasguño. Porque, a ver, ¿qué podría hacer? ¿Lanzarle arena a los ojos? Si es que tiene ojos siquiera. Me estremezco ante la idea.

De todos modos, se supone que no puedo utilizar mis poderes, y menos aún en público.

Es una norma estricta. Una de muchas.

Me pongo derecha. Ya tengo suficientes preocupaciones con salir de la ciudad, pero la advertencia de la Arpía es más de lo que la mayoría se molestarían en hacer por mí. En lugar de entregarle la bolsita de monedas que siempre llevo encima por

si acaso me pilla –cosa que hace a menudo–, cojo el último de los áspides de tormenta que saqué a escondidas del palacio la última vez que estuve allí. Iba a ser un regalo para Cain.

–Toma –le digo, y le pongo en la mano la brillante serpiente con escamas de peltre. Se trata de una exquisitez poco común, normalmente reservada para las mesas de los autoritarios.

Su graznido de deleite me persigue al doblar la esquina y hasta las oscuras calles empedradas, donde el Espectro Sombrío bien podría estar escondido.